



MIEDO

Dos días -hace hoy setenta y cinco años- llevaba en casa **Miguel de Unamuno** sin salir de casa. Hasta llegar al Casino salmantino, en plena calle Zamora, iba sintiendo el desaire de algunas gentes que poco antes le habían adulado, le habían pedido consejo y recomendación. Al entrar en el vestíbulo observó que los contertulios y supuestos amigos le volvían la espalda, fue entonces cuando sintió desprecio y el encargado de la ropería le indicó, con el susto en el cuerpo, que era mejor que regresara a casa: “Don **Miguel**, hágame caso, es por su bien”, debió decirle o algo similar si no más duro, por cuanto se puede intuir el terror hasta el último día del año. Esa tarde de Nochevieja el tufo de las zapatillas advirtió el olor a quemado y el humo acabó delatando el sueño eterno que este hombre contradictorio y sabio anhelaba en los últimos días de aquel maldito 1936. Lo sucedido en el Paraninfo de la Universidad salmantina en la mañana del 12 de octubre es conocido. Don **Miguel** llega aturdido y en su bolsillo lleva la carta que días antes le ha enviado la mujer de su amigo, el pastor protestante **Atilano Coco**, para que interceda sobre su detención pues temen que lo fusilen en los días siguientes, como así fue. **Unamuno** comienza a escribir algunas notas en el reverso de la carta misericordiosa y se pone en pie: “Dije que no quería hablar, por-

CALEIDOSCOPIO

ANÍBAL LOZANO
FILÓLOGO



que me conozco”. Pero habla: “La nuestra es sólo una guerra incivil, nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar a la compasión...”. **Millán Astray**, un militar mitad monstruo mitad



borracho se encoleriza, grita “Abajo los intelectuales! ¡Viva la muerte!” y provoca que un legionario monte su arma. La mujer de **Franco** evita males mayores y hace que don **Miguel** le coja del brazo saliendo del Paraninfo mitad infierno dantesco mitad España.

Dos días después **Unamu-**

no sale del Casino y su regreso a la casa de Bordadores es un suplicio. Es destituido como rector por el mismo **Franco** que lo había nombrado y a su sucesor, el recordado profesor **Esteban Madruga** escribe poco después: “Tengo aquí dos o tres libros de la Biblioteca de la Facultad de Letras. Diga a su decano que se digne mandar un bedel para que los recoja y los guarde allí. Y que si no voy yo mismo a llevarlos -lo he hecho, ¡claro está!, muchas veces- es porque he decidido no salir ya de casa desde que me he percatado de que el pobrecito policía esclavo que me sigue a todas partes es para que no me escape -no sé adónde- y así se me retenga en este disfrazado encarcelamiento como rehén no sé de qué, ni por qué ni para qué”. ¿Encarcelamiento? ¿Destierro voluntario?. “Soñar la muerte, ¿no es matar el sueño?/ Vivir el sueño, ¿no es matar la vida?”, escribiría poco después para testimoniar la metáfora de cuanto sintió.

Lo cierto es que se cumplen setenta y cinco años -se dice bien- de aquel suceso espantoso y la Universidad de Salamanca del siglo XXI ha rechazado llevar a la escena la obra del dramaturgo **Pollux Hernández** titulada, ni más ni menos: *Unamuno*. Una señal inequívoca para reconocer que este país no ha roto ni con sus fantasmas, ni con el miedo. ¿Democracia mutilada? ■

lozanoanibal@gmail.com